

Economía y utopía*

Benito Rey Romay•

Los sueños de la razón engendran monstruos.

(Título de un grabado de Francisco Goya,
de la colección *Los Caprichos*)

El hecho de que, en nuestra época, haya personas que recomiendan y tratan de administrar a los demás cierta panacea de absoluto, descubierta por ellos, es únicamente el signo de que se ha perdido certidumbre intelectual y moral y de que se tiene de ella una apremiante necesidad, que experimentan amplios sectores de la población incapaces de mirar la vida cara a cara.

(Karl Mannheim, *Ideología y utopía*)

Introducción

Cuando el Patriarca Moisés, según la tradición, escribió el Génesis, describió el Jardín del Edén, primer entorno y condición utópicos de los seres humanos. Desde ese entonces, hasta la publicación de *Utopía* de Tomás Moro, transcurrieron veintinueve siglos en los cuales el pensamiento utópico no cesó de fluir. Es más, si se acepta que aún en el socialismo científico sobrevive un gran contenido de socialismo utópico —en esa discusión no se inscribe este trabajo— ese largo periodo se amplía a treinta y dos siglos.

Sin embargo, lo que para los utopistas anteriores y posteriores a Moro son organizaciones sociales ideales, posibles de construir mediante nuevas leyes, cambios de conciencia y una administración pública humanista, para Moisés es lo cancela-

* Capítulo introductorio del libro *Economía y Utopía* que el autor tiene en elaboración.

• Exdirector del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y Miembro de Número de la Academia Mexicana de Economía Política.

do, por Dios como castigo. Pero también, como maldición, lo perdido por el género humano, solo recuperable, individualmente, después de la muerte, o por una parte selecta de la humanidad —existente y preexistente—, a definirse en el profetizado juicio final. Así, según se nos cuenta todavía, la descendencia humana se perpetuó pero perdió el Paraíso; los dos consubstanciales elementos del mayor castigo posible: vivir, pero sufriendo en un Valle de Lágrimas. Así fue la sentencia divina consignada en el libro del Génesis:

Y a Adán le dijo: Por cuánto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol del que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida; espinas y abrojos te producirá y comerás de los frutos que den las yerbas o plantas de la tierra.

Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado; puesto que polvo eres, y a ser polvo tornarás.

Y echólo el Señor del Paraíso de deleites para que labrase la tierra de que fue formado. (Capítulo III, vers. 17, 18, 19 y 23.)

El Paraíso Terrenal se destierra así según la tradición judeo cristiana; pero, ¿qué es lo que queda a los humanos? Les queda, por principio de cuentas, un mundo cuya naturaleza sólo es suficiente por el trabajo arduo; pero también el ansia, de esencia rebelde ya demostrada, de construir en aquél al paraíso por sí mismos. Para esto último, cuentan también con “la ciencia del bien y del mal”, extraída del fruto del mítico árbol violado, a disposición de su temible libre albedrío y de su imperiosa voluntad.

Mitos aparte, esa circunstancia contiene los dos elementos fundamentales de la ciencia económica: la escasez y el trabajo, de los que nacen las variadas formas de acumulación material y de la explotación de unos hombres por otros; y, de éstas, las diversas expresiones de la inconformidad humana: las violentas excluyentes y las idealistas satisfactorias para todos. Pero en ambos casos ha permanecido, hasta hoy —con la excepción de la ortodoxa utopía anarquista—, la idea religiosa de una autoridad suprema, que someta a todos imponiendo restricciones, para impartir la justicia según su interpretación o sus designios.

Economía y utopía

¿Cómo lograr la prosperidad económica estable y soberana de los países?. ¿Cómo y al mismo tiempo el desarrollo social de sus pueblos en la libertad?. ¿Qué o quiénes cancelan o permiten las posibilidades de todo ello?

Preguntas de siempre que volvemos a hacernos a fines de este siglo XX. Pero ahora con la gran urgencia de miles de millones de pobres y miserables desesperados y con el temor de otros que, siendo los menos, deciden casi todo y podrían perder mucho.

Hay varias respuestas del pasado a esas preguntas. En distintas formas se repiten en el presente, a pesar de que existe una poderosa demanda de respuestas nuevas. Y esto es así porque la gran esperanza universal abierta por el marxismo, fracasa, destructivamente, en sus diferentes cristalizaciones reales.

Destrucción y retrocesos de grandes avances individuales y nacionales que heroicas movilizaciones humanas habían alcanzado y defendido. Pero también pérdida de la brújula de pueblos que —no había duda— seguirían, tarde o más temprano, tal camino emancipador, postulado, aceptado o creído como el único verdadero —científica y filosóficamente soportado— para llegar a su plena humanización.

Sin embargo, no es posible pensar que ese socialismo esté cancelado como idea humanizadora. Lo que queda de la muy amplia realidad que alcanzó, es no sólo muestra de la resistencia a perderlo todo sino testimonio de su potencial transformador. Lo mucho derruido es, al mismo tiempo que eliminación tardía de las aberraciones que lo minaron, enseñanza para todos, pero sentimiento de culpa para los ahora desertores desencantados que antes aplaudían sin reservas a pesar de las acusaciones, confesiones, indicios y evidencias de fallas e imposiciones inhumanas muy graves, que ahora explican no como transgresiones doctrinarias, sino como productos de la íntima naturaleza de los seres humanos que la teoría soslayó. Pero también es experiencia para muchos que, sin desertar, buscan las explicaciones profundas y las necesarias y posibles correcciones para construir respuestas nuevamente convincentes y motoras.

Así, el poderoso pensamiento marxista, que permaneció demasiado tiempo anquilosado en los estancos partidarios y en la cabeza de muy numerosos seguidores —marxistas perezosos los calificó todavía a tiempo J. P. Sartre—, para sólo ser recitado, o predicado apologeticamente, está siendo contrastado con sus cristalizaciones deshechas o en retroceso.

Esa nueva mentalidad es inquisitiva; se va despojando del dogmatismo que impusieron y esparcieron los partidos comunistas de la Unión Soviética y de China, y que fue exacerbado por la intensa contienda de las propagandas: la ofensiva y falsa del anticomunismo sedicente libertador, pero de feroces acciones represivas y saboteadoras, y la defensiva, pero también encubridora y subversiva que emitían los países socialistas.

Sin vendas ni consignas, el entendimiento se va centrando ahora en las fallas humanas de razón, acción y omisión cometidas por los que promovieron, implantaron y dirigieron, en sus diferentes espacios y tiempos, los procesos de socialización y de des-socialización recientes y los de distorsión en marcha.

Por otro lado, también se cuestiona ahora la pretendida gran amplitud explicativa del comportamiento y evolución de las sociedades humanas y de los móviles de sus clases e individuos constituyentes, ostentada por el marxismo y que fue forzada a extremos ideológicos totalizadores por sus revolucionarios adaptadores de la doctrina a situaciones concretas, como lo fueron, destacadamente, V. I. Lenin y Mao Tse Tung, que re teorizaron, promovieron y dirigieron saltos históricos —descomunal el de China al pretender apresurar la sociedad comunista— que sorprendieron a todo el mundo y atemorizaron a la parte capitalista, pero que, muy probablemente, el mismo Marx, en su momento, habría considerado como productos de revolucionarismos subjetivistas.

Salto histórico por prematuros; por no contar con las condiciones objetivas previas; con la necesaria madurez real de las fuerzas productivas del capitalismo para producir no solo la ruptura, sino también el racional apoyo social mayoritario y la posibilidad material de la transición. Voluntaristas, si se quiere acusarlos así, como lo descubrieron muy pronto los prolongados racionamientos y las burocracias todopoderosas, advertidas y censuradas por el mismo Lenin, pero que resultaban imprescindibles para hacerlos viables con el no previsto

como descomunal intento de planeación, dirección y control centrales compulsivos e inapelables. Burocracias que fueron engrosadas con censores, controladores y con publicistas, policías y militares que mantuvieron la demagogia, la intransigencia ideológica y táctica, la censura cultural, la insuficiencia consumidora y la represión y el terror siempre operando sobre todos y no sólo sobre los opositores expropiados.

Ante esas evidencias y no obstante que las ciencias sociales no están atadas actualmente a la rigidez objetivista, parece confirmarse, sin que falten los disensos razonados y los intentos y discursos pasionales, que esos saltos históricos no son posibles. Y menos aún en estos tiempos en que la clase obrera muestra debilitadas su cohesión y conciencia protagónica, la represión es de eficacia genocida nunca vista pero ya demostrada y siempre latente, además el apoyo internacional socialista ha desaparecido.

Así, la utopía marxista aparece —como algunos la han calificado— desarmada. Por lo pronto las insurgencias guerrilleras en los países pobres y las protestas masivas cotidianas en todas partes, no plantean ya su advenimiento mediante movimientos revolucionarios proletarios, sino por la vía gradualista reformista de antecedente fabiano: mediante un proceso o procesos de maduración política, en propicios ambientes democráticos que el fortalecimiento de los partidos, la organización y asistencia no gubernamental de los marginados y la contienda parlamentaria pueden crear. Conforme a esto, la demanda actual es la *democracia*, sin definiciones restrictivas. Y la consigna: a las conquistas sociales por medio de la contienda democrática sin violencia clasista.

Sin embargo, los resultados finales de los mayores triunfos socialistas en las arenas de la democracia formal burguesa, hacen dudar de esa táctica. Tales victorias han sido efímeras y revertidas, o abortadas desde su inicio. Los casos del laborismo inglés; el de la Francia de Mitterrand; la España de Felipe González; Chile con Allende; son diferentes muestras de ello. En los cuatro ejemplos los pasos iniciales para la socialización fueron revertidos; incluso en dos, por los mismos gobiernos de estirpe socialista que los habían implantado; en el cuarto, abruptamente cancelados por las conspiraciones interna y

externa en alianza genocida. El de la acosada Nicaragua, por otra parte, no resistió la confrontación electoral.

Invocando esos antecedentes y desde la demolición del muro de Berlín, el capitalismo se declara definitivamente triunfante y, como siempre, económicamente virtuoso y libertario, aunque nunca, hasta ahora, haya operado como conducente a la humanización; simplemente lo simula, pero no está interesado en serlo, ni lo ha ofrecido, ni puede intrínsecamente ofrecerlo. La crítica de ser esencialmente lo contrario, —deshumanizado— ha sido respondida, siempre y sólo, con el ejemplo a seguir de sus países ricos, pero sin mencionar lo que sus colonialismos, sus proteccionismos, sus posiciones monopólicas y monopsónicas, sus imperialismos, sus patrones internos de explotación, sus desperdicios y sus bélicas geopolíticas, contribuyeron históricamente y contribuyen hoy a sus procesos de acumulación, que no pueden ser emulados por los países pobres víctimas de todo ello.

No obstante, el capitalismo actual, tanto el hegemónico como el subordinado, sin el socialismo como sistema oponente y alternativo, exalta su propia sobrevivencia, reclama su permanencia y realiza su recuperador despliegue mundial con asombrosa rapidez. Todo esto a pesar de que ahora, y desde hace unos quince años, extrema e impone a las economías periféricas su forma liberal irrestricta del pasado, que parecía abandonada por el sistema más no por razones humanísticas, sino por ser cíclicamente crítica en su funcionamiento.

Ese liberalismo económico, resucitado y publicitado ahora como comprobada y única posible vía universal desde siempre, impone, por medio de la presión de grupos de poder internos enajenados a la extorsión financiera y comercial externa, sus tres exigencias trascendentales a países pobres y de desarrollo medio: desprotecciones comerciales; una nueva división internacional del trabajo y de la producción; y una adecuación estandarizada de la legislación económica y social acorde a la desaparición del Estado protector, inversionista y promotor de la redistribución de la riqueza. Todo ello, con diferencias de forma y grado, en ámbitos de dimensión continental y subcontinental.

Pero esa propuesta capitalista ya en avanzada marcha —calificada certeramente de trampa por Pablo González Casa-

nova— no obedece a un espíritu libertario renovado, o a un genuino propósito de desarrollar con fórmulas capitalistas a los países rezagados, sino al de un supercapitalismo que amplía y va consumando, con muchos mayores bríos, los viejos propósitos de despliegue de sus imperialismos, que estuvieron contenidos por los socialismos y entorpecidos por los capitalismo nacionalistas. Los fines son los de siempre; pero la forma cambia y el alcance es mayor.

Ese camino neoliberal ofrece llegar a la globalización económica; proceso de significación universal, pero con calificativo restrictivo, especificidad de la nueva y única propuesta de fines del Siglo XX, que, sin precedentes en la historia, sin consideración de la realidad actual y sin pertinencia teórica consiste en: la total liberación de los mercados nacionales; el libre tránsito internacional de mercancías, capitales e inversiones; la homogeneización de políticas económicas; libre fragmentación internacional de la producción; y no intervención de los Estados en la economía. Todo ello en términos de reciprocidad entre potencias, países subdesarrollados y países pobres.

En suma, esta propuesta capitalista, de máscaras utópicas, parte de la creación previa de una igualdad artificiosa entre desiguales. La formalización de ésta traerá, según se manifiesta, aunque no se pueda explicar cómo, la igualdad real de todos, aunque sin garantizar para cuándo; pero sí ofrece, de inmediato, la seductora libertad, inconsecuentemente definida: la liberación de los hombres respecto a tuteladas y paternalismos estatales, mediante una democracia de gobiernos mínimos, sin definiciones nacionalistas y sin compromisos subsidiarios con los individuos y países marginados. Paso franco pues, dada la imposibilidad de las soluciones militares entre potencias por ahora, a una gobernabilidad transnacional consensada para asegurar el despliegue de la renovada táctica de competencia entre las grandes corporaciones: integradas continentalmente y pertrechadas con la libre disposición de los recursos, mercados y trabajo de los países rezagados.

Pero a pesar de lo que se propone y se impone, y no obstante los ahora evidentes errores y falsificaciones del llamado socialismo real, sobreviven el pensamiento y los deseos de la organización social sin explotación humana y de la libre determinación de los países y pueblos.

Esa persistencia no es terquedad ciega o caprichosa, se fundamenta en una amplia explicación de lo sucedido en el campo socialista, que se resume en un argumento difícilmente impugnabile, que deslinda el pasado del porvenir eficazmente y salvaguarda la validez de las ideas: lo que existió en la Unión Soviética y fue impuesto por ella en Europa Central no era socialismo marxista, sino socialismo estalinista; lo que sigue existiendo en Asia y América, son también tiranías que ahora, para permanecer, reculan hacia economías mixtas (propiedades gubernamental mínima y privada amplia), en asociación creciente con los imperialismos y con inversiones de transnacionales a las que se invita y favorece.

Pero no obstante la validez de los anteriores deslindes, el desprestigio en que empezó a caer el socialismo hace apenas unos años, se ha extendido, se profundiza rápidamente y continúa, a pesar de que los pueblos añoran y reclaman los beneficios sociales que les brindó y que ahora se les cancelan. Se va evaporando así la creencia de la gente en él; es considerado, cuando bien, como un sueño que se comprobó imposible; como un sistema virtuoso no realizable por humanos; como una utopía en su acepción convencional de algo inalcanzable.

Por su parte, el neoliberalismo económico, empeñado en desenraizar al socialismo hasta su imposibilidad de resurrección, ha estado mostrando, desde muy temprano, sus contradicciones como impotencia para generar y generalizar en el mundo del subdesarrollo, el bienestar y la igualdad y, mucho menos, la libertad y la autonomía nacional. Por el contrario, sus requisitos y dinámica impuestos por los poderes internos y externos, aceleran, por medio de mecanismos de transferencia descomunal, tales como el remate de la propiedad estatal y de la infraestructura nacional y el servicio impagable y acumulable de créditos externos, la concentración de la riqueza y del ingreso, que condicionan degradaciones sociales ya visibles por sus amplias proporciones y la cancelación total de la autonomía de los países pobres de siempre y la merma de la de otros que, hasta hace poco eran, o parecían, relativamente ricos y autónomos.

Pero además, este capitalismo neoliberal diseñado para la total subordinación de las economías nacionales rezagadas, y substituyente del Estado del Bienestar al que refuta y rechaza,

a pesar de que todavía priva en los países desarrollados aunque se niegue, no propone y sí se resiste a los mayores grados de democracia que ahora se reclaman para una mayor significación de las capas medias y bajas de los pueblos atrasados. Obligado por la lógica de sus metas, desaparece su halo liberal, al imponer, en el ámbito general de las economías nacionales, la obediencia a las inconsultas e impopulares decisiones de élites tecnócratas —eficientistas y especulativas—. En otras palabras: a semejanza de como se deciden en los consejos de administración de los negocios, se aplican las técnicas y criterios administrativos empresariales en todo el ámbito nacional.

En esa forma y simultáneamente en todos los sectores y ramas de las economías del subdesarrollo, y en el menor tiempo posible, se recorta personal; se cierran plantas y ramas industriales; se venden y extranjerizan si es conveniente desde el punto de vista de la rentabilidad; se recortan prestaciones que no sean directamente productivas y se reducen salarios e incrementan precios que el mercado, por fin libre, permite a todos, pero paradójicamente sin restricciones, a las organizaciones monopólicas. Todo ello, y en esa forma imperativa y apresurada, rompe bruscamente con las identidades y secuencias históricas de los pueblos y les impone normas, reducciones y costumbres inéditas: el *shock* social, con el que se pierde el sentido de la vida nacional.

Ese proceso postula, para las economías atrasadas una ideología de supervivencia y regeneración económicas de simil darwinista. Animado por ella es que se convoca a destruir o desamparar deliberadamente lo comparativamente débil (empresas y empleos), para que haya espacio al despliegue sin estorbos de lo vigoroso competitivo que cruzará fronteras para llenar los huecos y para asociarse a lo sobreviviente. Se erige así un juicio excluyente y substituyente de acumulaciones productivas nacionales históricas, —modernizador es el argumento—, generador de mutaciones e hibridaciones en las que lo nacional se vuelve recesivo y dominante lo extranjero.

Las quejas y protestas sobre los cambios mismos y sobre sus consecuencias críticas han estado, sin embargo, dando origen a contiendas políticas con las que, hasta ahora, se extiende la práctica democrática. Pero se trata de apaciguarlas y descalificarlas con el argumento de que son calamidades,

resultantes y esperadas, de la transición de lo caduco a lo nuevo irremediable e irreversible en marcha; del paso de lo debilitado por protegido siempre, a lo vigoroso por sobreviviente del trauma; y de ahí a lo competitivo en el mercado internacional abierto a todos.

En fin, lo normal, —así se considera— en el tránsito a la inserción en la pretendida nueva utopía mundial: la *economía global*, que requiere de la igualación de las políticas nacionales en cada continente o región para una contienda comercial internacional e intranacional entre las potencias financieras y tecnológicas de cada uno, traficando con producciones fragmentadas de bienes y servicios, integrados de y donde más convenga, a juicio de las empresas multinacionales responsables de dinamizar el proceso.

Así pues, y en resumen, los males de la transición, que terminarán —según queda implícito— cuando el neoliberalismo culmine el proceso de globalización que traerá la oportunidad del bienestar para cada pueblo, al sumarse todos al alcance de una elevada productividad media internacional y de unas supuestas suficiencia y eficacia satisfactoras universales, que elevarán el nivel del comercio mundial. De esto, se concluye sin congruencia y sin compromisos explícitos solidarios de justicia comercial y distributiva, vendrá la tan esperada paz entre clases sociales y naciones. Pero también el rescate de la dignidad y libertad de sus individuos, mediante la reducción previa del campo del gobierno y la ampliación del correspondiente a la sociedad, regida y arbitrada mediante el mecanismo equilibrador sacralizado como infalible: el siempre mítico mercado libre, (sin mencionarse la competencia perfecta) en el que se fundamenta esta ilusoria utopía.

Las contradicciones obvias de ese esquema no preocupan. Se invoca por ello al eternamente pretendido espíritu épico del capitalismo, pero ahora no sólo en términos de reto sino también de aventura nacional: unos países arriesgarán y ganarán lo que otros pierdan por poco audaces, pero a mayores escalas y magnitudes.

Ahora bien, si traemos a la reflexión lo que muere, lo que al parecer sobrevivirá y lo que ya sucede desde hace unos años, es posible concluir que la cancelación del neoliberalismo está ya en gestación. El repudio social a éste se extiende, cala, y una

gran porción cada vez mayor de la intelectualidad lo denuncia, desprecia y refuta. Sus efectos (apenas los de *transición*), son ya insoportables.

Sin embargo, puede ser un error pensar que la autonomía de los países rezagados (ya muy mermada por convenios, pactos, inversiones y créditos metropolitanos condicionados) se recuperará y que la suerte de sus pueblos cambiará de inmediato por medio de rebeliones justificadas con el argumento de que son precarios o miserables e injustos los medios de subsistencia que se les dejan. Se confía demasiado en ésto a pesar de que no resultaría así. Las destrucciones y conformaciones que el neoliberalismo ya ha impuesto en todas las estructuras económicas, bloquearán o retrasarán críticamente, como quiera pensarse, las tareas de cualquier eventual proyecto de reversión o de corrección substancial. El reto político se presentará independientemente de las causas de cancelación del modelo.

Pero también es posible pensar que esas rebeliones populares suspensivas no se produzcan; ello dependerá del tiempo adicional que se soporten pacíficamente tales males y de la eficacia y oportunidad con que los gobiernos dosifiquen sus múltiples medios y mecanismos de dilución de protestas en los sectores sociales más explosivos, así como de los “milagros” que pueden hacer las demagogias: la diseñada para ilustrados y la que lo es para ignorantes. Pienso en esta posibilidad ahora, recordando una conversación sostenida hace varios años con el maestro Silva Herzog acerca de la viabilidad de los países latinoamericanos en que hoy el neoliberalismo rige. A mi afirmación de que los pueblos siempre sabían como triunfar, me respondió: pero recuerde que ha habido malos gobiernos que han llegado a degradar esa sabiduría degenerando a sus pueblos.

Es evidente que el fenómeno descrito por el maestro tiende a generalizarse hoy, y no sólo en países del tercer mundo y del ya inaugurado cuarto, sino también en países ricos. Así como el desarrollo socioeconómico es un proceso acumulativo, su decadencia también tiende a serlo.

Por lo tanto, es evidente la necesidad de encontrar y proponer un nuevo o renovado conjunto de ideas y acciones para el cambio del orden vigente a que está sujeto el Hombre; un

nuevo camino troncal que lo pueda conducir, desde las diferentes condiciones existenciales y potenciales de cada pueblo, a lo utópico definido y repetido por Hugo Zemelman como deseado posible. Pero ello requiere —o, los esfuerzos de indagación, reflexión e imaginación la producirían— de una ciencia que creo no tenemos ahora. Quiero decir, una nueva ciencia —¿una gran sociología?— de los distintos hombres reales y de los comunes denominadores en las diferentes aspiraciones societarias que, para esto, surja de la integración coherente —no conflictiva— de las diversas disciplinas y ciencias sociales con que hoy contamos y, como dejó dicho Silva Herzog, en estrecho maridaje con las de la naturaleza y con las humanidades.

Que las empresas de esa magnitud son posibles, lo evidenció ya el propio marxismo en su tiempo. Tal fue el alcance de Marx y Engels y con ello dieron una nueva visión paradigmática y una dinámica centenaria universal que conmovieron y cambiaron al mundo. Ahora, partiendo de lo que ellos hicieron, con las experiencias positivas y negativas de lo que en su nombre se hizo y no se ha hecho y con el llenado de huecos y eliminación de obsolescencias de su doctrina y de sus propuestas, que los avances científicos y las modernas ciencias sociales interdisciplinariamente actuando pueden realizar, las tareas de proponer y construir tal nueva ciencia y camino parecen menos difíciles.

Por supuesto que es muy fácil decir que esa tarea también lo es. Darle cima —y ya hay mucho avanzado— sería una hazaña; pero es ineludible que le demos prisa. Hay que impedir que se haga común pensar que ha llegado, por fatalidad, el momento de la antiutopía, de aquella que imagina que los poderes militar—económico—tecnológico de unas cuantas superpotencias, sólo por serlo y que incluyen a no más de 600 millones de habitantes, regirán, ya sin remedio y por razón natural, al mundo de los 6 000 millones restantes, tan heterogéneo, tan desigual en historias, posibilidades y aspiraciones, al que sólo le quedará que sus fracciones nacionales débiles regateen el no quedar abandonadas por el comercio, o excluidas del proceso global subordinador.

Es claro que el intento neoliberal de globalización, de enajenación universal, obedece a una ideología que es unilateral y por lo tanto no tendrá éxito; pero su actual marcha arrogante,

insensible y libre de obstáculos y de alternativa, podría conducir a un tremendo conflicto generalizado, y a una extendida ofensiva represiva, directa o indirecta, que ya no se justificaría, tal vez, en el anticomunismo, o por la pasividad ante el narcotráfico sino, como ya lo empezamos a ver, por la desobediencia de no ajustarse y cooperar al pretendido y proclamado bienestar mundial.

Pero, ¿cómo empezar? Habrá que empezar, me parece, por descalificar la idea que el capitalismo y en gran medida el socialismo han insertado en la economía, con poca oposición de ésta, de que la meta del desarrollo es igualar. De igualar la disponibilidad y el consumo sin límites que registran los pocos países ricos y que las clases minoritarias de todos han adoptado como meta, modo y vocación de vida. Al decir esto se está pensando en seguir insistiendo en la justicia consumidora mundial reiteradamente demandada, pero también en la impertinencia de sustentar y animar una alternativa utópica universal con espejismos consumistas que la misma economía mundial no podría alcanzar, ni la naturaleza, según la conocemos hoy, podría soportar. Ilusiones de esa especie, que inocentemente se creen realizables, son señuelo esencial de la trampa neoliberal que tenemos que desactivar.

Hay implícita en lo anterior una nueva moral entre naciones y regiones, clases, estratos sociales y etnias. Hay que insistir: no solamente hay que pregonar la justicia; es también la necesidad de solidaridad universal—enfaticada y dramatizada por G. Myrdal hace décadas—lo que es imperioso evidenciar y de lo que hay que convencer.

Es por esto que los esfuerzos iniciales para abrir el nuevo camino deben atender a propuestas de gran poder convocante y aglutinante, como lo sería la suficiencia alimentaria para todos. Ésta que todavía se considera utópica en el sentido ilusorio del término, ya no lo es, puesto que las más avanzadas y probadas tecnologías agropecuaria, pesquera y bioquímica actuales la hacen posible y, por tanto, puede y debe ser propósito inmediato de un nuevo proyecto de transformación social universal. En los hechos, esta posibilidad se deja ver en las sobreproducciones agrícolas de países que antes eran deficitarios; en los subsidios que los países superavitarios otorgan a sus agricultores para contraer producciones en tierras de cul-

tivo; en las enormes pérdidas por desprotección climática, mal almacenaje y falta de procesamiento y transporte; en los insuficientes aunque muy apreciados donativos de alimentos; y en el visible y cuantioso potencial agropecuario, pesquero y silvícola de los países pobres, desaprovechado por falta de aplicación de tecnologías que existen operando en otros países.

Incluso, se ha planteado esta posibilidad de suficiencia en otros satisfactores vitales. Como señalamiento destacado y extremo de lo anterior, H. Marcuse, en el curso de su ciclo de conferencias de 1967 en la Universidad Libre de Berlín, anunciaba el fin de la utopía. Lo justificaba al decir que las utopías nacían en el reino de la necesidad, pero que este reino podía desaparecer porque era ya posible el reino de la abundancia. Que el propósito de alcanzarlo —y con ello la desaparición de la utopía—, ya no contradecía leyes científicas. Apuntaba, así, a la utopía que se extinguiría ante su posibilidad.

Pero hay una cuestión impostergable y que parte de una afirmación general aludida antes: ¿Es el hombre actual capaz de construir o de vivir una utopía humanizadora como la que se ha estado planteando?. La pregunta puede ser juzgada como desconsiderada de lo dicho o de respuesta afirmativa muy obvia: es claro que los beneficios inmediatos serían bienvenidos por la gran mayoría que hoy sufre hambre y servidumbre. Pero, y las obligaciones necesarias ¿se puede contar con ellas?. La teoría y la práctica de la conducta económica del individuo y de las políticas económicas empresariales y públicas niegan, hasta ahora, esa disponibilidad.

Aunque ya se señaló la necesidad de una nueva moral, ¿es ella condición previa? Al parecer, sí, por una razón básica: se requiere que cada pueblo sea capaz de diseñar su propio destino dentro de la utopía para todos, de animarla y construirla. Se requiere pues, de cambios de conciencia y comportamientos derivados de una concepción del mundo y del género humano como una multiforme pero esencial y extensa solidaridad de los hombres en un planeta común. Humanidad y planeta para los que no tenemos, —y debemos darnos— explicaciones racionales de su existir.

Es necesaria pues una revolución educativa, una revolución, no para implantar dogmas, o para construir ciudadelas, tampoco para constituir rebaños y entronizar pastores. Por el

contrario, para desenajenar: para que lo gubernamental se nutra de lo social y no lo ahogue; que lo social tampoco lo pretenda con lo individual, ni lo material con lo espiritual; ni lo nacional riña con lo universal. Una nueva educación, en fin, no sólo para subsistir, sino también para que el prototipo humanístico que tenemos ya esbozado, y es siempre invocado, se propague en mayorías de generaciones enteras; para que deje de ser como hoy es: pocas semillas dispersas en tierras poco abonadas.

Pero ¿de dónde, si no de las ciencias, puede provenir esa trascendente nueva moral? Ya que la propuesta es de alcances espirituales, se podría pensar, en primera instancia, que de las religiones, las cuales también han generado utopías y, algunas de ellas, de doctrinas sociales de Salvación por medio del amor al prójimo. Pero ello parece difícil y hasta ahora la realidad lo demuestra. Las persistentes tiranías dogmáticas de las iglesias sobre los comportamientos y las conciencias, no lo permiten puesto que remiten a órdenes preestablecidos e inmutables en donde el sufrir será compensado y recompensado. Como lo dijo y lo escribió el exsecretario de educación pública de México, Jesús Reyes Heróles, en referencia a la católica, las iglesias imponen visiones únicas y acabadas del hombre y del mundo. Pero no solamente es la tiranía dogmática el impedimento, sino también las luchas sordas, aunque de frecuentes consecuencias violentas y cruentas, provenientes de sus intransigencias y encontrados intereses proselitistas fanatizantes de carácter excluyente. Sin embargo, es claro que su consideración como obstáculos y como posibles agentes aglutinantes para el cambio moral, es indispensable hoy, tal como se ha evidenciado repetidamente.

Tampoco se puede pensar que la ciencia económica, con todo y su instrumental de política económica, pueda, por sí misma encargarse de diseñar y lograr una nueva utopía. Ya J. K. Galbraith advertía que los retos a la economía no los planteaba ya la política, sino la tecnología. Argumento este que incorpora, por cierto y con vehemencia autojustificante, el neoliberalismo económico.

Pero siendo cierta la advertencia, no parece suficiente para la acción, pues también son evidentes y crecientes desafíos, las diferencias étnicas con sus rivalidades; la heterogeneidad en

las dimensiones, estructuras y crecimientos poblacionales y su relación con los respectivos recursos naturales; y las disparidades educativas y religiosas entre países y regiones y entre las clases sociales de éstos.

A la economía se le ha confiado y responsabilizado demasiado del logro de cambios sociales radicales positivos. Esto se debió en gran medida a la aceptación muy extendida del determinismo económico y al desarrollo de las técnicas de planeación y de programación económicas que adquirieron gran prestigio esperanzador y que a pesar de la amplitud que se les dieron y de los poderosos medios de operación de que dispusieron, sus intentos más ambiciosos han fracasado; tuvieron un éxito inicial las compulsivas y no tanto las indicativas. Y son ahora estos fracasos en los que se centra la farisea crítica neoliberal a la intervención de los Estados en las economías.

Pero es verdad, los modelos econométricos que las orientan y formalizan, tanto en el socialismo, como en el capitalismo de hoy, son ejercicios que la realidad abortó. Ni siquiera hoy los predictivos aciertan, ya no se diga en cuanto al comportamiento de los grandes agregados económicos, sino tampoco de los comportamientos sectoriales. Y todo ello no obstante que la política siempre tiende a rigidizar las conductas sociales para que las metas económicas programadas divulgadas se cumplan; del exceso en esta práctica nace, por cierto, la tiranía tecnocrática.

Debido a lo anterior, la política económica se volvió el arte gubernamental, de ejercicio cotidiano, de enfrentar o evitar las sorpresas. Tanto las que ocasionan los resultados macroeconómicamente funestos de las propias acciones de los gobiernos —ensayos y errores— como las que provienen del exterior o de decisiones especulativas o temerosas de los empresarios y de los grupos ciudadanos. Pero se puede pensar que aún este arte en el neoliberalismo será muy difícil o imposible, pues se afirma que los equilibrios los hará “la mano invisible”, o las manos todo poderosas de los pocos y mayores empresarios, operando en el “mercado libre”.

En la práctica, la economía no ha sido constructora de utopías. Ello a que no se debió poner en ella sola la esperanza; tampoco de la nueva que hoy urge. Y urge porque la antiutopía

avanza por las descomunales ambiciones y poderes que la impulsan y por el pesimismo que agobia a los que van aceptando que no es posible una alternativa.

Reflexiones finales.

Si bien en el apartado anterior se intenta reforzar la tesis de que la *globalización económica*, tal como la plantea y persigue alcanzar el neoliberalismo económico en boga, debe ser rechazada, tal rechazo no implica que la idea misma de una economía mundialmente integrada carezca de la doble calidad de posible y deseable.

La oposición es pues en contra de las organizaciones económicas subcontinentales en marcha, cuyo ejemplo más reciente y ambicioso se encuentra en la Iniciativa para las Américas del gobierno estadounidense, diseñadas hegemónicamente, impuestas con diferentes grados de presión, y de beneficios excluyentes o inequitativos entre los integrantes.

Esta clase de *globalización* no sólo es de efectos indeseables de mayor marginación, sino intrínsecamente inviable. Aunque la extorsión externa y las tiranías tecnocráticas nacionales puedan establecerla y mantenerla por un corto plazo, al final las destrucciones ya hechas y las previsibles que dejaría, conformarían graves involuciones económicas y sociales, grandes diferencias y una amenaza de conflicto para la humanidad toda, como ya se expresa en la mayor y creciente intensidad de las corrientes migratorias del mundo de la pobreza hacia las metrópolis económicas y sus efectos xenofóbicos alarmantes.

El fenómeno globalizador en su acepción mundializador no es nuevo. Como sabemos, tampoco lo son, en la teoría y la práctica, las integraciones consensadas continental o subcontinentalmente. Es más, en la convocatoria revolucionaria a la unidad proletaria del mundo subyace la idea, teóricamente sustentada, de una acción internacional de clase para mundializar la economía socialista, y en la posterior organización del COMECON (después CAME), la constitución de una integración comercial y productiva socialista, que llegó a rebasar límites regionales europeos y asiáticos, al integrarse a ella la República de Cuba.

También deben mencionarse, para destacarse y contrastarse con otras de muy poco aliento y muy avieso propósito, como lo es el TLCAN, manifestaciones de la vocación espontánea entre países a integrarse para su común desarrollo, —aunque también como potencias competitivas pero a la vez defensivas— en las que se pactaron reducciones igualitarias de soberanías y concesiones económicas proporcionales, cuidadosamente graduales y compensatorias de los diferentes grados de desarrollo. Los tratados de Roma, y sus secuelas hasta Maastricht y el de Montevideo, hasta la ALADI, son ejemplos, aunque no perfectos, de racionalización económica regional, que avanzaron con espíritu de equidad hacia horizontes de integración política y social, principalmente el primero citado que, incluso, persigue la paz entre sus países miembros históricamente contendientes.

Sin embargo, tomando en consideración las descomunales desigualdades entre naciones, regiones y continentes que hoy existen en lo económico y social, así como los correspondientes grados extremos de fortaleza y de debilidad política, no es posible pensar, aun con el mejor ánimo, que puedan tener éxito equitativas integraciones económicas continentales o subcontinentales comprometidas con la prisa y amplitud que impongan potencias hegemónicas y, menos aún, con los requisitos perentorios y demolidores que para ello exige el neoliberalismo. Integraciones así solo profundizarán esas disparidades tanto a nivel regional como dentro de cada país.

Podría ser aceptada y viable una globalización que iniciara su proceso con programas multinacionales solidarios, consensados en libertad y con plazos y medios comprometidos, para la nivelación de las condiciones humanas y soberanas de los diferentes países. Así, todos podrán negociar y comprometerse como iguales a un voluntario proceso integrador conveniente para todos. Esto es lo que deben argumentar hoy los gobiernos del mundo subdesarrollado y exigir sus pueblos.

Entre esas condiciones a nivelar destacan las que hoy, con su gran disparidad, condicionan el sometimiento y la pobreza extrema: el abasto alimentario, la salud, la extensión tecnológica y los endeudamientos externos para los que no hay capacidades nacionales de pago en los montos y términos contratados. Esto que se puede decidir y alcanzar hoy, y para

lo cual existen organizaciones mundiales que operan marginal o unilateralmente, bajo consignias de los poderes internacionales, podría ser el inicio de una nueva etapa histórica de la humanidad, en la que las diferencias entre pueblos llegarían a estar dadas ya no por los lastres históricamente acumulados e impuestos, sino por las formas en que utilicen su autonomía, apliquen su esfuerzo y distribuyan sus frutos.

La cuestión de fondo es: ¿se pretenden economías continental y mundialmente sanas, o sólo la recuperación o aumento de las tasas de ganancia y de los ya elevados niveles de vida de los habitantes de las potencias? Cualesquiera que sean los argumentos de la respuesta, la verdad saltará a la vista; no hay forma de esconderla. Y en función de ella decidir si se sigue el nuevo camino ofrecido o se promueve la unión rebelde defensiva de los débiles.

Si se pretende postular una nueva utopía universal, el capitalismo actual debe cambiar o ser substituido. Pero, mientras tanto, debe ser regulado nacional e internacionalmente; debe haber límites elevados a derechos de los pueblos y, ahora más que antes, porque sus todo poderosos agentes transnacionales, en un mundo sin contrapesos, tienden a convertir toda actividad y toda vida en negocios; todo país en sucursal o filial y todas las fuentes de recursos naturales en activos de sus estados financieros.

Las grandes potencias capitalistas actuales son arrolladoras pero, al mismo tiempo, los medios que han desarrollado, son esperanza humana en otro marco de compromiso universal humanitario.

Si repasamos el pensamiento utópico a través de la historia y sobre todo sus propuestas concretas, podemos llegar a afirmar que el capitalismo realizó varias, aunque en forma excluyente. No hay duda, por ejemplo, que sobrepasó la científica tecnológica imaginada por F. Bacon en su *Nueva Atlántida*, y que hay también países que su gran mayoría social vive con dignidad humana en cuanto a satisfactores, educación y cultura, semejantes a aquellos con los que Tomas Moro dotó a los habitantes de Utopía; y también en ambientes libertarios como el imaginado en *Noticias de Ninguna Parte* por William Morris. Y que existen, en todos los países, élites que viven disfrutando como en el Jardín del Edén: sin límites y sin conciencia.

Sin embargo, si además de deleitarnos leyendo las utopías sociales, las analizamos y comparamos, tanto las que quedaron solo diseñadas o imaginadas, como las que lograron iniciar y avanzar su realización, constatamos que la gran mayoría implican o han producido tiranías que empiezan o acaban por someter, deformar y adocenar a los que ofrecían salvar, libertar y dignificar. Esto ha sido así, a mi parecer, en gran medida, por atenerse en exceso a concepciones parciales o deterministas del hombre, que reducen, con simplicidad imaginativa o para facilidad operativa, la complejidad humana y la complejidad social. Así, el hombre religioso, o el tecnológico, o el productor-consumidor, son abstracciones que han prevalecido, pretendiendo que la sola nueva normatividad sobre la propiedad, la producción y la distribución, o una doctrinaria comunión, traerían la Salvación por la sobriedad y hermandad de tipo monacales, o bien la felicidad humana por la abundancia para todos generada por la tecnología. Normatividades y estados de conciencia modelados según las prioridades económicas y morales del ambiente social o de origen de los líderes o precursores, imaginarios o reales.

Me parece que lo dicho en el párrafo anterior, aunque no es una explicación completa, debe ser tomado muy en cuenta para la alternativa que hoy se requiere y, sobre todo, pensando en su puesta en marcha. Creo que debe llamarse la atención sobre ello, para evitar que la compulsión de unos sobre todos sea la postulada como el recurso del cambio, pues estaríamos insistiendo en la pretensión de crear organizaciones disciplinarias, troqueladoras de seres humanos conforme a diseños paradigmáticos de intelectuales audaces, o de líderes carismáticos, o de iluminados, en los que la tiranía resulta imprescindible.